

378.103.097.286.7

Q5a Quesada Chaves, María José

La acción social generadora de diálogo con las comunidades del Pacífico Central / María José Quesada Chaves [autora y compiladora]. – Puntarenas, Costa Rica : UCR, Editorial Sede del Pacífico, 2020.

xx, 238 páginas : ilustraciones en blanco y negro, fotografía en blanco y negro, gráficos en negro y escala de gris. – (Colección Didáctica)

ISBN 978-9930-9722-0-5

1. COMUNIDAD Y UNIVERSIDAD – REGIÓN DEL PACÍFICO CENTRAL (COSTA RICA). 2. ACCIÓN SOCIAL – REGIÓN DEL PACÍFICO CENTRAL (COSTA RICA). 3. EXTENSIÓN UNIVERSITARIA – REGIÓN DEL PACÍFICO CENTRAL (COSTA RICA). I. Quesada Chaves, María José, compiladora. II. Título. III. Serie. CIP/3601 CC.SIBDI.UCR

® Editorial, Universidad de Costa Rica Sede Regional del Pacífico.

Universidad de Costa Rica, Costa Rica, Puntarenas, septiembre 2020.

Se permite la reproducción total del contenido de este documento solamente para fines de investigación, abogacía y educación; siempre y cuando no sea alterado y se asignen los créditos correspondientes (*UCR Sede Regional del Pacífico*). Esta publicación no puede ser reproducida para otros fines sin previa autorización por escrito de UCR Sede Regional del Pacífico *UCR Sede Regional del Pacífico y sus autores*. Las solicitudes de permiso deben ser dirigidas a la Editorial.

Los contenidos del presente documento no representan necesariamente la política oficial ni los puntos de vista de UCR. Cualquier referencia a un sitio web distinto al de UCR, no implica que UCR garantice la exactitud de la información contenida en el mismo, ni que esté de acuerdo con las opiniones expresadas en él.

Consejo Editorial:

Dr. Oriester Abarca Hernández
Dr. Jorge Bartels Villanueva
Dra. Susan Chen Mok
Dr. Allen Cordero Ulate
M.A. María José Quesada Chaves
Dr. Francisco Rodríguez Cascante

Consejo de redacción

Lic. Lucía González Ulate (diagramadora en jefe)
M.Sc. David Chavarría Camacho (diagramador asistente)
Asistente editorial: Bach. Ad. Emp. Ernesto Carballo Rodríguez

Trabajo filológico:

Dra. Annette Calvo Shadid

Ilustraciones:

Priscilla Rivera Blanco

Editor académico

Dr. Ricardo Martínez Esquivel

Director Editorial Sede del Pacífico

Dr. Oriester Abarca Hernández

Colección Editorial de Didáctica:**Consejo científico de la colección:**

Dr. Francisco Guevara Quiel
Dr. Allen Quesada Pacheco
ML. Marjorie Jiménez Castro
MSc. Bernal Guillén Contreras
MSc. Brenda Ordóñez Noguera
Licda. Kerry Navarrete Padilla
M.Sc. Luz Mary Arias Alpizar
M.Sc. Sussan Zamora Cortés
M.A. Edwin Quesada Montiel
M.A. Walter Araya Garita
Mag. Mariana Cortés Kandler
Dr. Ronald Pérez Álvarez

**LA ACCIÓN SOCIAL
GENERADORA DE DIÁLOGO
CON LAS COMUNIDADES DEL
PACÍFICO CENTRAL**

TABLA DE CONTENIDOS

TABLA DE CONTENIDOS

Prólogo.....	VII
Procesos de acción social en la región Pacífico Central: realidad y retos del trabajo con las comunidades.....	1
Cine-foro comunitario en Puntarenas: extensión universitaria para la formación humana por medio de filmes.....	39
El trabajo comunitario como base para la construcción de una cultura de ciudadanía	67
Ética, compromiso político y acción social: Presencia de la Cátedra José Martí en la sede del Pacífico de la UCR	97
Mapeo del río Barranca: conclusiones y reflexiones sobre el uso social del río Barranca dado por las comunidades de Juanito Mora y Manuel Mora	119
Una mirada al TCU de Promoción de los estilos de vida saludable y la sana convivencia en Puntarenas	153
Los procesos de gestión y mejora de las pymes: Puntarenas, Jacó y Quepos 2019	193
Epílogo.....	235

EL TRABAJO COMUNITARIO COMO BASE PARA LA CONSTRUCCIÓN DE UNA CULTURA DE CIUDADANÍA

*Community work as a basis for building
a citizenship culture*

Héctor Ferlini Salazar¹ docente e investigador,
Sede Arnoldo Ferreto Segura, Universidad de Costa Rica
hector.ferlinisalazar@ucr.ac.cr

1 Héctor Ferlini-Salazar, costarricense, comunicador con una maestría en Administración de Empresas por la Universidad de Costa Rica (UCR), director del diario digital SURCOS, docente en la UCR, desarrolla investigación sobre construcción de ciudadanía y democracia participativa.

INTRODUCCIÓN

La construcción de la democracia participativa implica desarrollar una cultura de ciudadanía, esto es, una disposición de la población hacia el compromiso cívico que entiende “ciudadanía”, no como los hechos simples de habitar un país o portar cédula de identidad, sino como el acto de comprometerse en la mejor realización de la democracia. En la actualidad, los valores democráticos de participación son poco apreciados, e incluso existen mecanismos o supra-relaciones (Ferlini Salazar, 2017) que los limitan, lo cual demanda la construcción y ejecución de una estrategia para construirla contrarrestando esos mecanismos. Así lo postula el proyecto ED-3250 Aportes Comunitarios para la Construcción de la Democracia Participativa de la Sede del Pacífico de la Universidad de Costa Rica (UCR). En ese proyecto y en este texto se propone que el espacio para el desarrollo de esa estrategia es el comunitario. Adelante se amplían estos conceptos.

Pero ¿cómo lograr el propósito de construir una identidad ciudadana? Para explicarlo es necesario contar con algunas definiciones básicas y para ello haremos una distinción conceptual desde este documento para los siguientes términos: ciudadanía, construcción de ciudadanía, democracia participativa y gobierno participativo.

Como se mencionó párrafos arriba, a) ciudadanía implica el compromiso con la mejora en la calidad de la democracia; b) construcción de ciudadanía se utiliza en este escrito para referirse al proceso social mediante el cual distintas comunidades ejercitan la vida democrática de toma

de decisiones gracias a la calidad de la democracia interna en sus agrupaciones comunitarias; c) democracia participativa no es un momento culminante o punto de llegada, sino un proceso de acumulación orientado al logro de un sistema político sustentado en la participación, y según el cual se supera la democracia representativa (o que delega) para dar paso a la incorporación efectiva de la ciudadanía en cuatro dimensiones: la formulación de la política pública, su ejecución, el control, y su reformulación; d) mientras que gobierno participativo se entiende en este documento como el involucramiento de la ciudadanía en las distintas expresiones administrativas del Estado. Será tema de otro texto ampliar la forma de hacer efectiva esa participación ciudadana en cada uno de los tres poderes.

PENSAR LA DEMOCRACIA, ACTUAR EN DEMOCRACIA, CONSTRUIR DEMOCRACIA

Con razón podría afirmarse que la democracia es o no es; pero en este momento de la vida costarricense y latinoamericana, es necesario caracterizarla (o calificarla) para una mejor comprensión del propósito político que implica su mejoramiento. Por ello se utiliza aquí el concepto democracia-participativa, que alude a un involucramiento consciente de la ciudadanía. Como explica Rosario González (2001, p. 18), el concepto “ciudadano” surge en la Grecia antigua como un término para designar a los responsables de guiar y tomar decisiones sobre el destino de la ciudad. Llegar a este estadio del desarrollo político, que involucra directamente a la ciudadanía, implica que cada persona y su colectividad o colectividades de referencia tengan algún grado de identificación con esa propuesta para el ejercicio del poder de forma participativa. Por ello, en la ruta que implica ese proceso de acumulación de conciencia y decisión de vivir la democracia de esta forma se requiere la construcción de ciudadanía. Como se señala antes: una vivencia comunitaria tal que muestre —mediante el ejercicio de la democracia interna en las organizaciones comunitarias y en las comunidades mismas— lo que significa en concreto el concepto de ciudadanía (compromiso cívico) y el involucramiento consciente, activo y constante en la toma de decisiones.

Pero ese proceso de acumulación que es la democracia participativa, y que requiere una disposición ciudadana comprometida, no tiene vía libre. La construcción de ciudadanía y la democracia participativa, como elementos que contribuyan a la cristalización del gobierno participa-

tivo, encuentran en la subjetividad y en la intersubjetividad bloqueos y también impulsos. Esa subjetividad, como expresión de la individualidad (Martínez Herrera, 2007), ha sido construida por las condiciones materiales y cotidianas de vida (vivienda, empleo, salario, relaciones), y se suman los procesos de la educación formal, la formación en la familia y la influencia de los medios de comunicación masivos. Los procesos sociales conforman comportamientos y formas de entender la vida:

El mesón o casa de vecindario genera una especie de sistema social especialmente determinado que constriñe la vida de los inquilinos e induce particulares formas de comportamiento. La vida en el mesón representa uno de los capítulos más importantes o, por lo menos, más comunes de la vida social salvadoreña.

La sociología estudiaría la vida en el mesón con respecto al problema de la vivienda, su demanda y oferta, así como los movimientos migratorios, económicos y laborales vinculados con ella. También estudiaría las formas de organización familiar y comunitaria que se producen en estas circunstancias, las clases sociales involucradas, la emergencia de economías marginales, y los procesos de delincuencia y anomia que aparecen vinculados a esta forma de vida.

La psicología social, por su lado, se interesaría también por muchos de los aspectos estudiados por la sociología, pero examinaría más particularmente la vida del mesón como un sistema de interacción humana, con unos mecanismos y procesos peculiares de comunicación, donde

los requerimientos de las necesidades de unos y otros van generando normas explícitas o implícitas de convivencia, y donde las fuerzas de los miembros dan sentido a los conflictos y a la estructuración de las relaciones y comportamientos. (Martín-Baró, 1983, pp. 13-14).

De modo que la subjetividad es una subjetividad que sirve de prisma para leer la vida, las relaciones sociales, las circunstancias del ejercicio del poder en todo nivel: la pareja, la familia, el trabajo, el centro de estudio, el equipo deportivo. Es una subjetividad que ha sido construida desde el vientre materno por cada instante de aliento y las condiciones en que se ha vivido. Esta subjetividad ha sido modelada por formas de organización que en este escrito se denominan supra-relaciones. Los vínculos con la pareja, con la jefatura en el trabajo o bien con las personas subalternas, con la dirección técnica del equipo deportivo o del grupo artístico son las supra-relaciones que determinan cuánto se gana por el trabajo, si se tiene casa o no, si se puede ir de vacaciones o no; son las supra-relaciones que definen la calidad de la atención de la salud, la educación personal y de la familia; o las formas de organización que vinculan a cada persona y a cada colectividad con los medios masivos a partir de la morbosidad o de una ideología. Son todas supra-relaciones que modelan esa subjetividad y donde no siempre cabe la idea de que es necesario participar de forma consciente, activa y constante en la construcción del país, de la región, de la comunidad. Todo lo contrario, el mensaje quizá se pueda resumir en un indiferente: “eso no me toca” o “que lo resuelva quien tenga tiempo”.

Esas supra-relaciones, como se señala arriba, son múltiples; pero aquí ampliaremos cuatro, como esbozo para profundizar en posteriores trabajos:

a) El consumismo, que mediante el tener-tener-tener enfatiza la individualidad y degrada la colectividad. El consumismo propio de las sociedades capitalistas occidentales remarca a cada instante y por múltiples mensajes un sistema de ideas enfocado en la insatisfacción material permanente y en la competencia con el par social, en un anhelo de superación falaz y superficial. Esta supra-relación que instituye al consumismo como elemento clave de una sociedad orientada por la acumulación y no por la distribución, aleja cotidianamente a las personas y a sus comunidades de un sistema de ideas que propone que hay problemas comunes para los cuales deben existir soluciones comunes. Como lo explica Zamora (2007, p. 214), “el consumo es un hecho global que recorre la totalidad de nuestra vida y que implica prácticas sociales, ensueños e identificaciones que ocupan nuestros espacios y tiempos, al tiempo que redefine nuestras identidades”.

b) La dependencia económica que marca la precariedad. La puja constante entre costo de la vida y limitaciones salariales en la mayoría de la población conduce a una zozobra cotidiana, que alimenta la sensación de una limitación irresoluble, que enfatiza en la impotencia y que remarca la relación de dependencia con quien tenga el poder. Se anida así el miedo como sistema de ideas que limita, impide el empoderamiento y conduce al conformismo que se refugia en el individualismo ya reseñado.

c) La idea de Dios como voluntad suprema y determinista. Algunos enfoques religiosos que han sido dominantes en la historia proponen la idea de Dios como un factor decisivo, sin el cual no se mueve nada y demanda aceptación y obediencia. Así lo explicó el maestro Paulo Freire (2005, p. 29) en su texto *Pedagogía del oprimido*, publicado originalmente en 1968: “Casi siempre ese fatalismo está referido al poder del destino, del sino o del hado -potencias inamovibles- o a una visión distorsionada de Dios”. Esta percepción teológica se materializa en un sistema de ideas, que propone el ruego mediante la oración y no el compromiso colectivo de la ciudadanía para dar soluciones a los problemas comunes. Se instaura así un sistema de ideas que conduce a la pasividad y no al compromiso ciudadano como parte de ese proceso de acumulación que es la democracia participativa.

d) La imagen de los medios de comunicación masivos como expresión de verdad. En el imaginario se ha instaurado la idea de que lo dicho por los medios masivos corresponde a una realidad única e indiscutible. Esta supra-relación ha creado la idea de que la información pública es compleja y está fuera del alcance de los sectores marginados y medios, y por tanto, los diarios y programas noticiosos son los llamados a proveer esa información, la cual se entrega de acuerdo a los elementos identitarios claves del sector social al que se dirige: el que se mueve por el morbo, el que responde a discursos más analíticos, o el que solo quiere superficialidad que no le obligue a pensar. El sistema de ideas que propicia se orienta a deslegitimar todo lo que el medio de difusión no valide y lo hace con recursos técnicos a su alcance, como la fotogra-

fía, el texto, los titulares, o ignorando. Así, se propicia el temor a ser parte de quienes no son “aceptables”, se prefiere el silencio antes que la réplica o el riesgo a la descalificación y se construye una actitud de aceptación de los sistemas de ideas que el medio preferido propicia. Junto a la supra-relación que propaga la idea de Dios como voluntad suprema y determinista, el papel de los medios anula la autonomía y desaparece el influjo natural humano hacia la dignidad y la dignificación.

Moldeada por esas supra-relaciones, la subjetividad no será propicia para la construcción de ciudadanía y democracia participativa. Para esto, más bien, se necesita una conciencia que se base en el sentido de colectividad para resolver las carencias, la autonomía, la capacidad crítica y el empoderamiento. Se necesita el desarrollo de un sentido comunitario o intersubjetividad no orientada a la pasividad, el conformismo, el individualismo y la impotencia, sino a la creatividad, la construcción colectiva, el sentido crítico propositivo y la fuerza basada en la unión. Desde este ángulo, Martín Retamozo reflexiona acerca del concepto de voluntad colectiva y propone valiosas ideas para comprender el papel del movimiento social en la construcción de ciudadanía:

La voluntad colectiva tiene relevancia, tanto en la lucha por la hegemonía como en la dimensión utópica (los proyectos), además de que se vincula con dos esferas olvidadas en la teoría social, pero importantes en la filosofía política clásica: el deseo y la decisión. (Retamozo, 2009, p. 112).

Deseo y decisión, factores que sin duda demandan de un proceso de construcción de cultura ciudadana. En páginas siguientes se hace una propuesta para lograr esta construcción que haga posible avanzar en ese proceso de acumulación que es la democracia participativa.

LA VIDA COMUNITARIA COMO BASE PARA UNA CULTURA DE CIUDADANÍA

Para dar continuidad al análisis del peso de la subjetividad en el proceso de construcción de ciudadanía, es necesario analizar cómo se conforma la cultura; para ello se propone una dinámica basada en el concepto de cuatro dimensiones del desarrollo de la humanidad. Como veremos, las supra-relaciones instauradas desde un sistema económico no orientado a la solidaridad y acopladas con supra-relaciones que buscan asegurar el dominio político necesario para el sostenimiento de ese modelo económico, han generado también formas de organización social que enfatizan el carácter excluyente del sistema imperante y, además, muestran una cara dual de la realidad. En efecto, en nuestra sociedad, la economía como una de las dimensiones del desarrollo de la humanidad no se orienta a la satisfacción de las necesidades, sino a la administración de la escasez. La política, como otra de las dimensiones del desarrollo de la humanidad, muestra un ejercicio del poder que no favorece la equidad en ninguno de los espacios, sino, por el contrario, concentra el poder en quienes gobiernan, en el patriarcado y en quienes se erigen por delegación o apropiación en titulares del poder, incluyendo aquí el fenómeno del adulto-centrismo. La tercera dimensión del desarrollo de la humanidad, la social, muestra construcciones en el campo de la salud, de la educación, de la vivienda, del transporte público y de las mismas organizaciones sociales, que no caminan en la mayoría de los casos orientadas por la justicia y la distribución, sino “por lo que hay” o “por lo que han dejado” quienes han mal-administrado o dirigido muchos de esos espacios sociales. La cuarta dimensión del

desarrollo de la humanidad es la cultura, que se desarrolla en párrafo aparte.

La cultura se define en diversos textos como visiones de mundo, historias, preferencias, imaginarios, prejuicios, sentido común, o bien —de forma más comprensiva—, como un entramado de sentidos producto de procesos sociales e históricos (Retamozo, 2009). A tono con la propuesta del presente escrito, se entenderá cultura como síntesis de la materialidad; es decir, como el acumulado de sentido personal y de la colectividad de referencia inmediata que resulta de las vivencias concretas en las otras tres dimensiones del desarrollo de la humanidad, a saber, la economía, la política y la construcción social.

Así, al comprender la cultura como expresión de la vivencia de la materialidad, establecemos un vínculo evidente con la subjetividad y la intersubjetividad. No será posible construir ciudadanía, desarrollar la calidad de la democracia interna en las organizaciones comunitarias llamadas a construir democracia participativa, ni tampoco hacer realidad la idea de gobierno participativo si no se logran edificar nuevas supra-relaciones generadoras de sentidos nuevos.

Las formas de organización o supra-relaciones condicionan las prácticas sociales, como cuando una madre dice a su hijo varón de cuatro años que debe retirar su plato usado de la mesa, y luego, quizás a los ocho años le recuerda que debe además lavarlo y guardarlo. Esa supra-relación definida por la madre es parte de una práctica social del hogar, donde cada quien aporta esfuerzo a la

vida comunitaria hogareña. La práctica se convertirá en hábito en aquel niño, quien incubará el sentido o el valor de la colaboración, o bien de la solidaridad, y ojalá, de la equidad. Pero en las supra-relaciones que se han instaurado esto no funciona así: más bien se conduce a la sociedad al machismo, al reforzamiento del patriarcado, a la mezquindad, al individualismo y a la dependencia, como se señala arriba.

El efecto va más allá de las percepciones sobre la vida. Las supra-relaciones instauradas y que es necesario cambiar para construir ciudadanía tienen un efecto más profundo que esa superficie que muestra una forma de ver la vida, de entender el papel de cada persona en la sociedad o del “¿qué me importa a mí?”. La repercusión central es que esas supra-relaciones vigentes enseñan una forma de analizar la realidad que no escudriña en las raíces, sino solo ve la superficie. Habría que decir para mejor precisión que esas supra-relaciones, más bien, enseñan a no analizar, sino a aceptar pasivamente lo que los referentes del caso dicen (medios de comunicación masivos, publicidad consumista e iglesias no comprometidas con la transformación social).

Y hay más supra-relaciones vigentes, que modelan la subjetividad y construyen intersubjetividades a su imagen y semejanza, y enseñan a ver la realidad como una dualidad que separa cultura o explicación de la vida, de la cotidianidad, de la realidad que se vive. Dualidad en la vida de la ciudadanía quiere decir que hay elementos materiales, como el salario, que remarcan esa dualidad entre quien solo vive con lo que gana trabajando y quien, además de vivir, deci-

de, tiene poder político. Esa dualidad la ejercen y remarcan también la Iglesia y el poder político (incluidos los medios de comunicación y la institucionalidad) para decir que quien solo tiene salario debe conformarse y aceptar. Los procesos de socialización y construcción cultural desarrollados en nuestra sociedad han creado en el imaginario esa relación dual entre lo vivencial o cotidiano y la cultura, entendida como síntesis de la materialidad, que capacita para explicarse los procesos sociales, económicos y políticos. Los sentidos, en otro ámbito, indican que hay enfermedad. La mente consolida esa idea mediante la medicalización. No hay respuestas a los problemas del cuerpo fuera de la atención médica. No tiene importancia el aspecto emocional. La separación cuerpo-mente se expresa hoy en la separación entre enfermedad-emoción. Así se remarca en la cotidianidad la dualidad.

La frase “soy pobre porque así Dios lo quiere” (Freire, 2005) parte de la idea cartesiana de que mi razón es una capacidad dada por Dios y, en ese sentido, los significantes vacíos teológicos participan en el proceso cognitivo de interiorización, en este caso de la pobreza. Por lo tanto, se debe aceptar la enfermedad como resultado de esa voluntad de Dios, que separa mente-cuerpo y alma-cuerpo, en tanto mi capacidad de utilizar la razón viene dada por Dios, y Dios así lo quiere. Bien se explica en “El error de Descartes” al exponer la relación entre cerebro, mente y cuerpo:

Si el cerebro evolucionó primero para asegurar la supervivencia del cuerpo propiamente como tal, los cerebros mentalizados, cuando aparecieron, empezaron

por mentalizar el cuerpo. Y, para asegurar eficazmente la supervivencia del cuerpo, sugiero que la naturaleza tropezó con una solución muy eficiente: representar el mundo externo en términos de las modificaciones que éste causa en el cuerpo propiamente tal, esto es, representar el entorno mediante la modificación de las representaciones primordiales del cuerpo propiamente como tal, cada vez que se produce una interacción entre el organismo y el medio ambiente externo. (Damasio, 1996, p. 256).

La falacia o relación dual se desenmascara en tanto las comunidades y sus organizaciones aprendan a analizar su realidad y su historia. Pero este es tema de páginas posteriores.

Para avanzar en el proceso de acumulación que es la democracia participativa, una tarea necesaria es el desarrollo de condiciones supra-relacionales que propicien una subjetividad constructora de ciudadanía, liberada de esa dualidad falsa marcada por lo “natural” (o por designio) o “lo que nos tocó ser” por derecho divino. El referente contrario es la supra-relación que entiende la vida basada en derechos. Esto supone, como se afirma en este escrito, la existencia de una subjetividad que no favorece o propicia la construcción de ciudadanía, sino más bien la bloquea. Esa subjetividad se convierte entonces en el elemento a transformar, y para ello, contamos con la materialidad; ¿cómo hacerlo? La respuesta corresponde a la parte final de este documento.

UN NUEVO CONCEPTO DEBE POSICIONARSE EN LOS DEBATES SOBRE POLÍTICA

La construcción de ciudadanía, como estandarte de una nueva propuesta de sistema político, debe —además de estar presente en los debates y reflexiones sobre política—, manifestarse en todas las esferas de la vida pública y privada, pues como se ha reflexionado, la política y los valores hegemónicos afectan la vida en términos estructurales y superestructurales. Efectivamente, la construcción de ciudadanía es la piedra angular que debe asentarse para iniciar ese camino de acumulación que es la democracia participativa. Construir ciudadanía entregando un esfuerzo especial a elevar la calidad de la democracia interna en las organizaciones comunitarias y en la vida comunitaria en general, es el camino para ir acumulando democracia participativa, pues, como se ha señalado, esta no es un momento culminante ni un punto de llegada. Este texto propone que se acumula democracia participativa en tanto se siga el camino natural de todo proceso sociopolítico: información de calidad, formación cívica, preparación técnica para elevar las capacidades de las organizaciones comunitarias que actúan en distintos campos como la salud, la educación y la juventud. Estos elementos mejoran las condiciones para la participación efectiva, generan credibilidad en la misma comunidad, aportan empoderamiento y obligan a los entes gubernamentales a poner atención, a tomar en cuenta y a respetar procesos. Así se logra acumulación de democracia participativa.

Pero esto demanda que las organizaciones comunitarias y los grupos de la academia o de otras instancias con este compromiso pongan este asunto sobre la mesa de debate, en la discusión en redes y, por supuesto, en la vida comunitaria misma. Hoy esos espacios de reflexión están dedicados al tema de la gobernabilidad/ gobernanza. Con una perspectiva futura, este enfoque depende de cómo se avance en los niveles de legitimidad democrática, y esta no podrá ser sin la participación de la ciudadanía que hoy encuentra un espacio irreversible, dado el influjo de las redes digitales, de la educación, de la expresión artística y de las experiencias internacionales diversas cada vez más cercanas. La gobernabilidad se enfoca en los aparatos de gobierno, dejando de lado a la ciudadanía:

El modelo tradicional de gobernanza se basa en el rol del Estado y de sus múltiples organizaciones en la elaboración e implementación de las leyes. Este modelo no sólo está centrado en el Estado, sino que, además, tiene una estructura jerárquica en la cual se da un proceso autoritario de toma de decisiones que se adoptan en el nivel más alto y que luego fluyen hacia abajo, abarcando al resto de la administración pública. Más aun, en este modelo convencional la mayor parte de las acciones de gobierno ocurren en su interior, excluyendo a actores, tanto de la sociedad civil como del ámbito internacional que pueden tener algún grado de influencia en dichas decisiones...

Es más probable que sean las burocracias públicas o los poderosos actores privados, más que los excluidos y los menos organizados, los que lleguen a tener todas aquellas capacidades necesarias para ser realmente actores efectivos en el proceso de elaboración de las políticas. (Peters, 2007, p. 1).

Más allá de lo nominal, para el caso de Costa Rica existe la reforma al Artículo 9 de la Constitución Política, que introdujo el concepto de “gobierno popular y participativo”, que se sumó al concepto de “representativo”, previamente establecido en la versión anterior de la Carta Magna. Esta reforma ha tenido un impacto importante para la práctica de la democracia, o al menos para la posibilidad de una práctica renovada, pues los conceptos “popular” y “participativo”, desde el enfoque que he expuesto, aluden a un involucramiento directo de la ciudadanía en a) formulación, b) ejecución, c) control y d) reformulación de política pública. Ello permite subsanar debilidades del modelo representativo en tanto implica una dinámica de construcción de ciudadanía, esto es, ejercicio consciente de deberes y derechos de las personas dentro de una nación (Ferlini Salazar, 2016, p. 4).

En ese sentido, uno de los actores llamados a construir la democracia participativa es la organización comunitaria, dado su vínculo directo con necesidades de vida cotidiana. A las organizaciones comunitarias se suman, como actores de la construcción de ciudadanía, las universidades públicas dado su proceder sobre tres dimensiones claves de la vida, como lo son la docencia, que eleva las capacidades ciudadanas; la acción social, que busca transformar la realidad, y la investigación-sistematización de saberes.

Asimismo, existen otras organizaciones que podrían contribuir a esa construcción de ciudadanía, como algunas Iglesias que declaran comprometerse con la transformación de la sociedad y la mejora de la calidad de vida de los sectores “menos favorecidos” (Ferlini Salazar, 2016, p. 5).

Por otro lado, las instituciones públicas —por mandato legal— están llamadas a propiciar la participación de los sectores de población que atienden, tal es el caso del Consejo de la Persona Joven, que debe promover esa dinámica en cada cantón. Sin embargo, en relación con este último actor del proceso de construcción de ciudadanía, es importante tener presente que la gestión desde las comunidades u organizaciones sociales comunitarias permite activar la actuación de las instituciones públicas en el campo de la promoción de la participación. Esto se debe a que las instituciones públicas están sometidas a presiones desde distintos sectores de interés, lo que las lleva a posponer esa tarea de construir ciudadanía (Ferlini Salazar, 2016, p. 4).

LA COMUNIDAD COMO CONSTRUCTORA DE CIUDADANÍA

Las posibilidades transformadoras de la sociedad se asientan de manera especial en las comunidades por una característica de unanimidad de intereses y pluralidad, no presente en los otros espacios signados por la autoridad de alguien o por estereotipos acerados. En la comunidad, no en la casa, la autoridad es difusa, lo cual posibilita el afloramiento de esa pluralidad que es germen de una sociedad nueva, donde la exclusión no puede ser la norma. Si el papel de las comunidades en el proceso ciudadano es clave, como punto de partida debemos preguntarnos: ¿Cómo se deben orientar los procesos comunitarios enfocados a la construcción de ciudadanía?, ¿de qué manera se puede demostrar que la cultura, como forma de comprender nuestra realidad, no está desvinculada de las vivencias históricas y cotidianas?

Como ya se ha esbozado, la democracia participativa involucra dos procesos: a) construir ciudadanía, lo que implica una toma de conciencia de parte de la población en relación con la importancia de participar activamente en la vida del país, y b) desarrollar condiciones y capacidades para el ejercicio del gobierno participativo. Esta responsabilidad incluye a las universidades públicas como instituciones vinculadas, mediante la acción social, en el desarrollo de capacidades en la población, así mismo, con la investigación de las condiciones de vida. Las instituciones estatales también tienen su parte pues deben generar participación ciudadana por mandato constitucional y, por supuesto, a las organizaciones comunitarias. Por su parte,

las agrupaciones religiosas que muestran un compromiso militante con la transformación social hacia condiciones de justicia plena también tienen su presencia destacada.

Estos actores y, en concreto, la Universidad de Costa Rica, han intentado diagnosticar el estado de la democracia participativa y aportar mecanismos que ayuden a mejorar su calidad mediante varios métodos. El paso inicial consiste en mapear organizaciones de índole comunitaria (formales e informales) con el fin de elaborar perfiles de estas. Además, es importante cruzar información obtenida de parte de las dirigencias comunitarias de las organizaciones estudiadas para diagnosticar la calidad interna en las organizaciones de perfil comunitario, como lo plantea el proyecto ED-3250 Aportes Comunitarios para la Construcción de la Democracia Participativa, de la Sede del Pacífico de la UCR (Ferlini Salazar, 2016, p. 8).

De esta manera, la universidad pública, junto con las organizaciones comunitarias, puede construir espacios que ayuden a mejorar la calidad de la democracia y la participación ciudadana en la esfera pública, tanto formal como informal. Para ello se ejerce una labor de capacitación, llevada a cabo mediante talleres, material didáctico y la promoción de acciones emprendidas por la comunidad. Dicho proyecto se ha apoyado en la información obtenida mediante instituciones como la Dirección Nacional de Desarrollo de la Comunidad (Dinadeco), el Instituto Nacional de Fomento Cooperativo (Infocoop), y el Instituto Costarricense de Acueductos y Alcantarillados (AyA). A los datos disponibles en esas fuentes se ha agregado información de parte de organizaciones no-formales o

no-institucionales, que permiten generar un cuadro más completo del estado de las organizaciones de perfil comunitario (Ferlini Salazar, 2016, p. 9).

Un caso concreto que acompaña este proyecto de acción social universitaria es la organización Alianza por la Defensa del Agua, compuesta por personas vecinas de Puntarenas Norte. Esta constituye un ejemplo de cómo se puede construir la democracia participativa desde la organización comunitaria, dado su vínculo directo con necesidades de la vida cotidiana, como es el caso del agua, tema en relación con el cual se actúa desde esta organización.

Recapitulando, el proceso de la democracia participativa se expresa en cuatro dimensiones en términos institucionales: formulación de política pública, ejecución de la política pública, control de la calidad del ejercicio de la política pública y reformulación de la política pública. Para hacer esto realidad, es necesario ejercitar varios requerimientos propios de la democracia: información de calidad, formación cívica, capacitación en distintos temas necesarios para ejercer el gobierno participativo, y desarrollo de estructuras sociales que faciliten la participación. Como parte de la construcción de este proceso, es necesario que las personas y organizaciones comunitarias participantes avancen en la comprensión de la forma como se construye la cultura entendida como síntesis de las vivencias cotidianas e históricas. Y ahí reside lo central de esta propuesta de un proceso de construcción de cultura de ciudadanía. Como ya se ha expresado, la vida humana transcurre mediada por cuatro dimensiones: la economía, la política, la construcción social y la cultura, que sintetiza mediante costumbres, tradicio-

nes, valores o percepciones nuestra vivencia material en las otras tres dimensiones. Un vistazo preliminar a esas cuatro dimensiones permite formular la siguiente percepción:

En la economía de algunos de nuestros países aumenta la desigualdad, persiste y se ahonda el desempleo, la pobreza se hace crónica, y las posibilidades del aparato productivo se dividen entre aquellas empresas afincadas en la economía transnacional, sin vinculaciones o encadenamientos nacionales, y las actividades sobrevivientes como agricultura, industria y servicios con arraigo nacional. En lo político, el poder se ejerce en muchas naciones o regiones con base en la falta de paradigmas ético/morales, en la manipulación, en el incremento constante del clientelismo, y en la anulación absoluta de la democracia participativa. En los espacios personales y locales impera el autoritarismo y la ausencia de fraternidad. En el campo de la construcción social, padecemos la asfixia y el estrangulamiento de la institucionalidad del sistema de seguridad social (salud, educación, pensiones, vivienda, saneamiento, etc.). Sin embargo, en cuanto al desarrollo de la ciudadanía comprometida, hemos visto en la región latinoamericana un movimiento social ascendente en los últimos años, que actúa no solo como contención de aquella asfixia y estrangulamiento del sistema de seguridad social, sino especialmente como anunciador-constructor de una nueva etapa por venir. En el plano nacional ese proceso fue manifiesto en las últimas dos décadas, aunque se advierte un periodo de pasividad. En la dimensión de la ideología o conjunto de valores y percepciones en una persona, es importante destacar varios elementos. Los cambios en las sociedades no son resultado de un instante glorioso, sino de dos factores: acumula-

ción y rupturas. Acumulación de luchas, reivindicaciones y propuestas sociales. Las grandes revoluciones de la humanidad pasan frente a nosotros todos los días, en la cotidianidad. En muchas de nuestras sociedades se lograron garantías sociales en momentos de la historia, como producto de pactos políticos; pero especialmente como resultado de una acumulación de luchas sociales que se sucedían desde décadas anteriores y tenían una concordancia en el plano internacional. Hoy ocurre lo mismo. En cuanto a las rupturas culturales, estas se dan por contraste entre la imposibilidad de satisfacer las necesidades materiales y emocionales y la estructura de poder prevaleciente. Por ello, como se señalaba antes, lo central de esta propuesta para un proceso de construcción de cultura de ciudadanía es lograr —desde las organizaciones comunitarias que construyen democracia de calidad y sus alianzas institucionales—, que las personas participantes avancen en la comprensión de la forma en que se construye la cultura, entendida como síntesis de las vivencias cotidianas e históricas.

EL PROCESO CONSTRUCTOR DE CIUDADANÍA

No se debe perder de vista el peso de los conceptos relativos a la subjetividad en este proceso constructor de ciudadanía. Manuel Martínez Herrera expresa con precisión la importancia de este factor al señalar “la subjetividad como tal es el resultado de complejas interacciones que la constituyen a partir de la capacidad de representación simbólica del lenguaje, de las relaciones sociales imperantes y de las formas históricas de dominación dadas” (Martínez Herrera, 2014, p. 42).

Con base en las anteriores consideraciones, este texto propone un proceso a desarrollar en organizaciones comunitarias, con el fin de comprender a la cultura como síntesis de la materialidad; es decir, como una construcción que involucra las vivencias cotidianas e históricas, junto a otros elementos como estereotipos, mitos, tabúes y temores, de carácter ideológico. El proceso es necesario para comprender la relación entre la base y la superestructura (materialidad e ideología), así como para analizar la cultura organizacional y comunitaria. Con base en la categoría que nos sirve de plataforma (cultura de ciudadanía), la construcción de ciudadanía es la meta inmediata. Sin perder de vista que la subjetividad es un elemento clave a tener presente como bloqueador o facilitador, es importante el desarrollo de experiencias comunitarias mediante las cuales las personas participantes de un taller, de una reunión para compartir alimentos, o de un encuentro formal o informal, pongan en común sus ideas en torno a las vivencias cotidianas, a sus necesidades, anhelos y

frustraciones, y se unan para encontrar soluciones, sistematizar las ideas para hacerlas evidentes, materializarlas y ponerlas en práctica.

La verbalización, el “echar afuera” lo que se siente y se desea, permite a la comunidad, inspirada en “hacer consciente lo inconsciente” (Freud, 1989), materializar mediante la palabra su cotidianidad y descubrir vínculos que completan el cuadro de una realidad, encontrar explicaciones comunes, comunitarias; o al menos, dejar preguntas abiertas para el nuevo encuentro. Seguro este surgirá natural y espontáneamente porque la necesidad de explicarse lo que parecía inexplicable, inaprensible e infranqueable moverá a la comunidad al lazo fraternal que es el germen de la sociedad nueva, basada en la cultura ciudadana y que puede avanzar hacia la democracia participativa.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Damasio, A. (1996). *El error de Descartes: la emoción, la razón y el cerebro humano*. Barcelona: Editorial Crítica.

Ferlini Salazar, H. (2016). *Aportes comunitarios para la construcción de la democracia participativa*. Proyecto de Acción Social, Universidad de Costa Rica, Sede Regional del Pacífico-Puntarenas.

Ferlini Salazar, H. (2017). *Los derechos de la niñez y la adolescencia; las juventudes y su participación en política pública*. Revista Estudios, (34), 1-43.

Freire, P. (2005). *Pedagogía del oprimido*. México D.F.: Siglo XXI Editores.

Freud, S. (1989). *El yo y el ello*. [Prólogo de François Robert]. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

González, R. (2001). *La ciudadanía como construcción sociocultural*. Revista Sinéctica, (18), 89-104.

Martín-Baró, I. (1983). *Acción e ideología*. El Salvador: UCA Editores.

Martínez Herrera, M. (2007). *La construcción de la feminidad: la mujer como sujeto de la historia y sujeto de deseo*. Actualidades en Psicología, (21), 79-95.

Martínez Herrera, M. (2014). *Constitución de la subjetividad. Reflexiones psicogenéticas*. San José: Editorial Universidad de Costa Rica.

Peters, G. (2007). *Globalización, gobernanza y Estado: algunas proposiciones acerca del proceso de gobernar*. Revista del CLAD Reforma y Democracia, 39.

Retamozo, M. (2009). *Orden social, subjetividad y acción colectiva. Notas para el estudio de movimientos sociales*. Athenea Digital, 95-124.

Zamora, J. (2007). *La cultura del consumo*. Revista Realidades, (114), 513-553.